

Consciencia Cuántica.

Llegó a la puerta del edificio, era la tercera vez que iba, entró como si ya hubiera tomado una decisión. Siempre volvía sin decidirse y sin haber logrado lo que había ido a buscar. Pocos vuelven siendo los mismos. Parecía ser que para ella la única opción era volver ahí, hasta tomar una decisión.

Le habían contado que tenían un aparato gigante, en el que uno puede meterse y reprogramarse. La cuestión funcionaba así: uno elegía cierta configuración, los operarios hacían los cálculos y uno se metía ahí y salía siendo otra persona. Diferente.

Volvió a hablar con el operario de la máquina, tal como había hecho la semana anterior:

- Ácida, burbujeante y chispita. Esas quiero que sean las palabras que me describan.
- Bueno.
- Y que se agregue verde agua como mi color favorito.
- Hecho.
- Quiero cuidar la naturaleza también.
- ¿Al mismo tiempo que ácida?
- Sí. Y me gustaría ser libre. Y decidida.
- Bueno, está bien.
- ¿Puedo tener un espíritu aventurero también?

- Si, ese ya lo pusimos.

- Bien, bien. Entonces creo que es todo. No... me faltó una cosa. Quiero saber convivir conmigo misma.

- Pero las reglas son claras, si elegís eso entonces no podés elegir todo lo demás. Está al final del contrato.

- Bueno, entonces solo la convivencia. Lo demás que sea lo que sea.

- Bien. ¿Eso es todo?

- Sí.

Hay un problema. Y es que esto de poder convivir con uno mismo es un aprendizaje difícil. Y los operarios lo saben. No es tan simple configurarlo. Pero ella lo intentó igual.

Les cuento esto porque trabajando ahí me entero de todo. La gente va ahí a cambiarse porque no se aguanta a sí misma. No se aceptan. No se quieren. No saben verse. Y ella era otra de tantos.

Yo le hice la entrevista el primer día que vino, para ver si era apta de ser cambiada. Y la verdad... sí. La sociedad no se perdía de mucho. Y si era su voluntad... ¿Quiénes somos nosotros para impedirle un cambio? Tenía buenas intenciones igual. Casi todo lo que pidió en primer lugar podría haberla transformado en alguien feliz. Pero la verdad, aceptarse a sí mismo es una cosa difícil.

Lo que los operarios hacen con los que piden aceptarse a sí mismos es usar la fórmula del cuarenta. No sé cómo explicarlo, porque no sé nada de física y mucho menos de física cuántica espiritual. Pero una de las chicas de limpieza me contó que su amigo, uno de los operarios, le dijo que la fórmula del cuarenta es la más difícil. Que puede salir muy mal. O muy bien.

Parece que el proceso es así: los ponen en la maquinita, programan con la fórmula del cuarenta, le dan inicio y los dejan ahí seis meses. ¡Seis meses! En ese tiempo que pasan dormidos y con la que gastan en pagar el tratamiento se

podrían ir de vacaciones y conocerse a sí mismos por métodos más humanos. Pero no, parece que lo científico los atrae más, y la palabra espiritual también les llama. Resulta que cuando salen, cuando ellos se despiertan, vaya a saber usted qué cosas les hacen ver en esos cerebros, pero salen pensando que estuvieron en cuarentena por no sé cuánto tiempo. Y que el mundo tenía no sé qué problemas. Y que de repente son deportistas, aprendieron a cocinar, y les gustaría ser padres. Parece que se descubren a ellos mismos.

Pero ya les digo, puede salir bien, o puede salir muy mal. Es el problema de la fórmula del cuarenta. Algunos salen felices, renovados en serio. Pero otros... otros salen más deprimidos, con las ojeras que les llegan casi hasta la punta de la nariz. Y parece que ni siquiera logran aceptarse a sí mismos. La mayoría se acuerdan de ellos mismos como si la vida hubiera sido siempre así. Sólo unos pocos se dan cuenta de la diferencia y de que antes eran más felices sin saberlo.

En fin, a ésta chica le pasó eso. Fue una de las de ojeras. Con los operarios a veces hacemos apuestas, ésta era una apuesta segura, yo creí que ganaba, que la fórmula salía bien. Pero resultó ser una de las de ojeras. Los que salen con miedo, pensando que el mundo puede caer en un pozo profundo e insuperable. Hasta dijo que quería desarrollar una vacuna de no sé qué corona.

Una lástima, porque se veía feliz antes de venir. Creo que con un viajecito a una playa caribeña y un buen guisito casero, como el que hace mi abuela, se le hubieran pasado todos los males. Pero bueno ¿quiénes somos nosotros para impedirle un cambio?

Valeria Meznar

Estudiante del Prof. En Teatro

Sede Andina UNRN

Octubre 2020